

Sobre el Bullying: ¿El único amor posible?

Camilo Ernesto Ramírez Garza

Ya en otro artículo (“Sobre el llamado Bullying, ¿A quién se pega cuando se pega? El Porvenir/Cultural 25/07/07) abordamos algunas referencias en torno a la agresividad, componente inherente de toda pulsión humana, diferenciándola de la sola tipificación de violencia; llamando la atención en el hecho de que el amor y el odio son dos caras de la misma moneda. “Del odio al amor solamente hay un paso” reza la sabiduría popular.

Esa noción que recientemente se ha introducido con la palabra en lengua inglesa Bullying y los anglicismos buleado, buleador, etc. para dar cuenta de algo que sucede en el ámbito escolar y que tiene que ver con los golpes y las burlas a alguien, ahí donde otrora “el cabul” “el choteo” “la carrilla” “el carro” dibujaran una realidad diferente. Al ser una generalización —el bullying— que homologa cuanta agresión suceda en la escuela, no contempla la singularidad de cada situación, es decir, ¿A qué le pega alguien cuando pega a otro? Pues se trata de un acto singular. No todo el mundo “ve” y “le pega” a lo mismo. Las preguntas se responden de manera singular. En ese sentido ambos, tanto el que pega como el que es pegado, poseen un vínculo especular, en donde el otro es mi reverso, sea como manifestación o materialización de la agresión o como polo pasivo en donde se “ve” que algo se porta, pero justamente ahí donde se pone algo por la mirada de quien mira, el terreno de “lo no visible”. En ese sentido, quien golpea mantiene un lazo con “eso” que ve del otro, haciéndole mirada, y que busca atacar; “¿Te haz dado cuenta de cómo me mira?... Me mira como diciéndome...” Las interpretaciones se multiplican al por mayor, cada quien debe reconocerse en “eso” que le hace mirada (que odia-ama) y le implica un acto de ataque, de golpe o de burla a “eso” del otro que me concierne (“Solo



lo semejante conoce a lo semejante” dice Aristóteles) y que por lo tanto es compartido. Lo más extraño y lejano, es al mismo tiempo lo más propio. “Donde ello era Yo debo devenir” —ha dicho Freud. En ese sentido por ejemplo, aquel que dice cosas a la fealdad, defectos, incapacidades de otro, de igual forma participa de “eso” que ataca (ama-odia) en el otro, también se siente marcado por eso que supone en el otro, su fealdad e ignorancia, ser looser, etc., ya que se recibe el propio mensaje pero de manera inversa, —a planteado Jacques Lacan. Como lo ha propuesto la sabiduría popular en nuestra lengua: “El león cree que todos son de su condición”

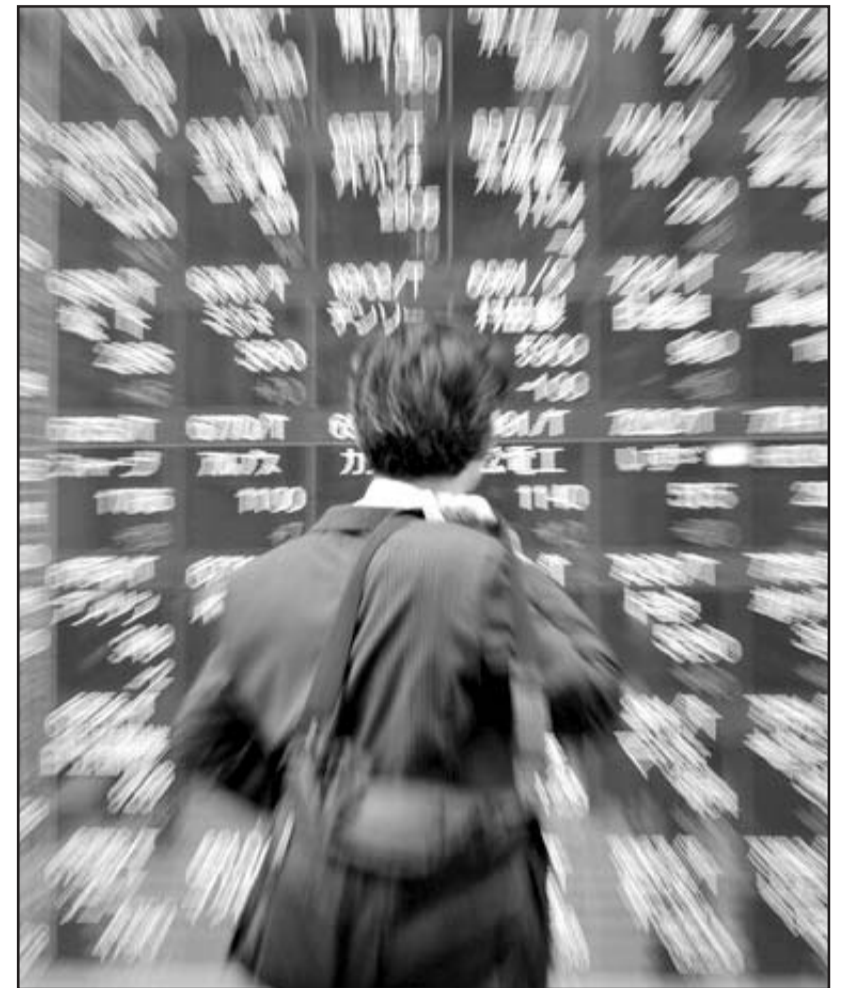
Si decíamos que el amor y el odio son dos caras de la misma moneda, entonces preguntamos ¿Es el bullying el único amor posible en la escuela? Incluso yendo más allá, ¿Son aquellos golpes que un esposo u esposa dirige a su cónyuge, la única pasión (afecto) que le puede otorgar? ¿A qué se pega cuando se pega? ¿Qué se mata cuando se mata? Interrogantes que apuntan hacia la búsqueda del sentido del golpe, del insulto, del ataque al otro, (¿Por qué el otro me es moleestamente peligroso? que no es más que otra forma de vincularse

con lo “aberrante” no reconocido de sí mismo: algo veo en ti que me mira y me señala, por eso debe de desfallecer, acabarse, morir.

Si por otro lado, la noción del bullying es inscrita en la de la victimología de los cuentos estrechos donde solo existen “buenos” y “malos”, los derechos humanos, “la víctima y su verdugo”, historias simples y huecas donde parece ser más el desfogue condenatorio su objetivo, entonces no estaremos advirtiendo su sentido, es decir, su anudamiento, el lazo entre quines ahí convergen y se implican: quien da algo y recibe igualmente algo ante las miradas de quines solo cuantifican los datos, delimitan, depuran y correlacionan variables, a fin de pretender hacerlas desaparecer “oportunamente” mediante una actividad preventiva, por demás patética, que en primera instancia da risa a quines ahí conviven bajo esos formatos: golpes al cuerpo como registro en lo Real de ese otro, especular, como una cierta insignia con un dejo de nostalgia que no se resiste a olvidar y rememorar a ese gran Otro, demandándole que finalmente haga algo.

camilormz@gmail.com

Psicología



Adictos al trabajo

Las actividades diarias pueden convertirse en una obsesión que tiene como fin escapar de realidades psíquicas desfavorables: el adicto encuentra en sus labores el éxito que no logra en otras áreas de su vida.

El trabajo puede ser, más que un medio para ganarse el pan de cada día, una actividad que permite a un individuo estimular sus habilidades, creatividad y autoestima. Sin embargo, esta idea puede degenerar debido a presiones sociales, y convertirse en una obsesión que absorbe tiempo, ímpetu y vida de las personas, principalmente del género masculino. Hablamos de una alteración de la conducta conocida como adicción al trabajo, que puede acarrear daños graves a la salud.

Quienes padecen esta adicción son personas que, por su iniciativa y una obligación creada por ellos mismos, trabajan más de la cuenta, se encargan de asuntos de trabajo que no les incumben y están siempre ocupados, sin tiempo para atender sus relaciones sociales. A la vez, actúan como individuos mentalmente ausentes, que realizan esfuerzos notables para conectarse afectiva y socialmente con su familia y amigos íntimos, además de que tienen carácter impaciente e irritable, les agobian complejos de inferioridad y se ofenden con facilidad.

También se encuentran expuestos al agotamiento crónico y a enfermedades como úlcera estomacal, bronquitis crónica o infartos, pues suelen abusar de fármacos, muchas veces combinados con alcohol, para mantenerse despiertos y activos.

El padecimiento puede ser tan severo que el alejamiento del centro laboral durante los fines de semana se vuelve angustiante, en tanto las

vacaciones pasan a ser incómodos trámites que tratan de evitar.

Este comportamiento es más típico en los varones debido a que desde pequeños se les inculcan los anhelos de poder, control, éxito y prestigio, a la vez que deben establecer relaciones sociales lejos de sus sentimientos, y negar emociones como el miedo, tristeza o dolor.

Este panorama crea una “olla exprés emocional” que muchos hombres evaden al ser incapaces de manejar situaciones sentimentales complicadas. Enfocan sus pensamientos exclusivamente hacia sus obligaciones profesionales porque sienten que en su trabajo encuentran el éxito que no logran en otras áreas de su vida.

La gravedad de estas conductas salta a la vista cuando se recurre a datos poblacionales: en los países más desarrollados (donde más se presenta esta adicción), los hombres viven en promedio siete años menos que las mujeres.

Por ello, quien padece esta enfermedad debe hacer un alto en su carrera y reflexionar sobre los orígenes de su conducta. Diversos grupos de autoayuda hacen las siguientes recomendaciones:

- * Aceptar que el problema existe.
- * Tener el deseo y la decisión de cambiar.
- * Dar prioridad a los asuntos personales antes que a los temas laborales.
- * Darse tiempo para realizar actividades personales.
- * Apreciar el tiempo de descanso y no verlo como un lujo.
- * Consultar a un psicólogo o psiquiatra.

Tecnoadicciones, ¿virtual o real?

Karina Galarza Vásquez

Internet, teléfono celular, televisión y videojuegos son ejemplos de sistemas creados por el ser humano para facilitar su labor o entretenerse; sin embargo, hay quienes hacen de ellos objeto de adicción que altera su comportamiento, dificultando la creación de lazos afectivos, a veces en grado alarmante.

La diferencia evidente entre aprovechar los recursos de las nuevas tecnologías y ser adicto es el abuso, pues si bien la computadora y teléfono celular usados en forma debida agilizan el trabajo, proporcionan diversión o mejoran la comunicación, el inconveniente surge cuando el individuo abandona las relaciones con sus semejantes o se torna irritable al no tener acceso a estos aparatos.

“Estas tecnologías han llegado para quedarse, y resultan excelentes porque benefician a la humanidad aligerando las diferentes labores; por ejemplo, el intercambio de información entre lugares distantes se ha optimizado, pues ahora únicamente tenemos que sentarnos frente a una computadora, conectarnos a Internet y establecer contacto con las personas que requerimos vía correo electrónico o chat (sala de plática) desde cualquier parte del mundo. Sin embargo, el problema aparece cuando lo que sucede a nuestro alrededor ya no es importante y nos dejamos llevar y envolver por el universo virtual”, explica en entrevista exclusiva para saludymedicinas.com.mx la Dra. Martha Díaz Santos, egresada de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional Autónoma de México.

CUALQUIERA PUEDE CAER

Se ha observado que la adicción a los productos de la tecnología puede afectar a cualquier persona, independientemente de su edad, sexo, ocupación y religión. “En la actualidad es común que los padres deseen que sus hijos tengan todo el conocimiento posible, incluso, desde antes de nacer, mediante aparatos especiales que la madre coloca en su vientre para que el bebé reciba cierta estimulación que, supuestamente, favorece el desarrollo de su cerebro. Una vez que nace, adquieren enorme variedad de artefactos, como móviles o gimnasios, y en cuanto pueden lo llevan a clases de estimulación temprana; en consecuencia, el infante es ‘bombardeado’ por múltiples actividades en el medio ambiente y



sus progenitores, quienes se muestran tan preocupados por su futuro, lo saturan con tareas que, en ese momento, no le interesan”, menciona la especialista.

Por otra parte, considerando que hoy es común que ambos padres trabajen, la televisión, videojuegos y computadora suelen sustituir el tiempo de atención, comunicación y convivencia con los pequeños, al grado de convertirse en “niñera” que hace caer a los chicos en estado de hipnotismo. Incluso cuando alguno de los progenitores se encuentra en casa (la madre, principalmente), dichas tecnologías son empleadas para “distraer” a los infantes mientras se realizan otras actividades, como preparar la comida o efectuar labores domésticas.

“Lo anterior ocasiona que los niños se vayan haciendo insensibles hacia situaciones reales, dado que se alejan de sus semejantes y sólo les parecen importantes las vivencias que experimentan por medio de sistemas virtuales, lo que genera cierto grado de dependencia y que la convivencia sea difícil de establecer. No enfrentarse al mundo real es problema grave, toda vez que el contacto con la realidad permite adquirir conocimientos, aportando ‘herramientas’ para salir adelante y resolver problemas que se encuentran a lo largo de la vida”, señala la Dra. Díaz Santos.

En cuanto a los adultos, se trata de una

adicción como cualquier otra, definida como la necesidad hacia algo que proporciona bienestar y placer; así, debido a que las nuevas tecnologías generan cierta satisfacción, es común pasar la mayor parte del día frente a la computadora, ya sea durante la jornada laboral o al llegar a casa. “Esto tiene una explicación relativamente simple, pues una máquina no es demandante, es decir, no se le tiene que prestar atención ni exige que la persona se traslade a determinado lugar; entonces, al ingresar a este mundo tan distante (aunque parezca cercano) el afectado se va desplazando de la realidad. Quienes más sufren este problema son aquellos individuos que no están satisfechos con su vida personal, no tienen proyectos a futuro, son muy solitarios y presentan dificultades al momento de establecer vínculos sociales”, refiere la entrevistada.

Cabe destacar que el ambiente virtual lleva a los “adictos” a perder su identidad, pues nadie los ve, y mediante nombres falsos o “alias” relatan aspectos íntimos que no se atreverían a decir frente a un amigo o familiar. Esto es común en los chats, lugares que se prestan al juego y diálogo erótico porque se permanece oculto, al mismo tiempo que se recibe respuesta de hombres o mujeres igualmente desconocidos.

“Debido a que los chats favorecen la desinhibición de los individuos, a muchos les sirve como desahogo porque, aunque de forma anónima, se muestran como quisieran ser, pero no se atreven por prejuicios personales y sociales; así, es tal el bienestar que esta afición genera que, en muchos casos, irremediablemente, les lleva a la dependencia. De hecho, en Estados Unidos tal situación ha incrementado el número de divorcios, ya que muchos adultos cambian a su pareja por las relaciones virtuales”, expresa la especialista.

Por otra parte, puede pensarse que la tecnoadicción es laberinto sin salida, no obstante, debe tenerse presente que hay soluciones; al respecto, la Dra. Díaz Santos recomienda “tener conciencia de la dependencia y, después, revisar las causas que nos llevaron a relacionarnos con una máquina. Esta labor tiene que ser guiada y vigilada por un especialista en salud mental (psicólogo o psiquiatra), quien mediante terapia ayuda al afectado a entender lo que le sucede y, una vez logrado este objetivo, aplicará tratamiento de concientización”.

